

Juan de Mairena o el pensamiento filosófico de Antonio Machado

María Araceli Granados Sancho
Licenciada en Filosofía

Antonio MACHADO (2004): *Juan de Mairena*, Madrid, Alianza, 355 pp. (edición de Pablo del Barco).

Si buscase un género literario que definiera con brevedad el *Juan de Mairena* de Antonio Machado, diría que esta obra suya es un diario. Necesariamente no pienso en el de Gil de Biedma, sino en la colección de ensayos breves de Pere Gimferrer o *Heterodoxia* de Ernesto Sábato. Pienso en esa literatura gnómica que adopta la forma de breves reflexiones inspiradas por las más diversas circunstancias de la vida diaria, sin olvidar que para un escritor es habitual que entre esas circunstancias abunden las lecturas. Pienso en una tradición que los occidentales podemos remontar, cuando poco, a las *Noches áticas* de ese último romano que fue Aulo Gelio.

Publicada en 1936, *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* es una amplia colección de párrafos más o menos breves y más o menos independientes los unos de los otros, supuestas transcripciones de las clases del profesor de Gimnasia y, en sus ratos libres, de Retórica y Sofística, Juan de Mairena, *alter ego* de uno de nuestros más nobles y respetados poetas del siglo XX, Antonio Machado (1875-1939). En esta obra, y sirviéndose de un nombre falso, de una identidad ficticia, desliza sus pensamientos de aquellos años sobre cuestiones políticas, artísticas, literarias y filosóficas. Activo defensor de la República, gran poeta de nuestra Edad de Plata y reflexivo estudiante de filosofía, Machado recorrerá estos campos con juvenil curiosidad y agudo raciocinio.

El poeta que encontramos reflejado en Juan de Mairena es, ante todo, un hombre liberal, para quien el individuo lo es todo y la sociedad –esa «suma de individuos»¹– algo intangible e increíble. De ahí que, entrando en un debate muy de su tiempo, les enmiende la plana a Le Bon y a Ortega: «el hombre masa no existe para nosotros»², llega a sentenciar el trasunto de Machado. Pero su aprecio por la valía del individuo es ponderada y no aristocrática, como apreciamos en su vindicación del refrán castellano «nadie es más que nadie»: «por mucho que un hombre valga –dice Mairena–, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre»³.

Pese a tal estima, Machado se revela también como un formidable crítico de lo humano y de la cultura. Así, en uno de sus más divertidos párrafos⁴,

¹ Antonio MACHADO (2004): *Juan de Mairena...*, p. 56.

² *Ibidem*, p. 229.

³ *Ibidem*, p. 79.

⁴ *Ibidem*, p. 72.

cuenta cómo uno de los discípulos de Mairena ha escrito un artículo sobre la inconveniencia de los banquetes dividido en cuatro partes: «A) Contra aquellos que aceptan banquetes en su honor; B) Contra los que declinan el honor de los banquetes; C) Contra los que asisten a los banquetes celebrados en honor de alguien; D) Contra los que no asisten a tales banquetes». Preguntado el alumno sobre el título de tal empresa satírica, éste dice que piensa llamarla «Contra los banquetes», a lo que responde su maestro que él lo titularía, mejor, «Contra el género humano, con motivo de los banquetes». La hilarante anécdota tiene un también divertido antecedente en nuestra literatura, concretamente en el segundo cuento de *El conde Lucanor*⁵, en el que un labrador y su hijo son criticados, camino del mercado, hagan lo que hagan: se monte el padre en una bestia, se monte el hijo, se monten los dos o no se monte ninguno.

También la cultura, como decíamos, recibe su dosis de crítica. Es el caso del gabán de Juan de Mairena, que además de pesado no abriga, y con el que alegoriza lo que para algunos es la cultura⁶, recordando así al Nietzsche de *Consideraciones intempestivas*, para quien el exceso de historia y cultura pueden llegar a ser un lastre para la vida. En otras ocasiones los juicios del poeta son más positivos, como cuando estima que la difusión de la cultura no ha de suponer necesariamente su degradación, sino su acrecentamiento⁷, aunque también advierte que el incremento del saber por la especialización de la ciencia trae como consecuencia que «nadie sabe ya lo que se sabe, aunque sepamos todos que de todo hay quien sepa»⁸; es decir, que inevitablemente ha de crecer «la conciencia de la propia ignorancia».

Para Mairena, que los hombres hayan venido al mundo a pelear es uno de los «dogmas»⁹ de su tiempo –y del nuestro–, un tiempo marcado por la romántica idea de la existencia de una edad de oro, colocada por unos en el pasado y por otros –los progresistas– en una época por llegar¹⁰. De este modo descubrimos el escepticismo de Machado, quien lo describe en términos más contundentes: «vivimos en un mundo esencialmente apócrifo, en un cosmos o poema de nuestro pensar, ordenado o construido todo él sobre supuestos indemostrables»¹¹. Dudar de todo, hasta de la duda misma, es una de las principales enseñanzas de Mairena. Es tal posicionamiento el que le lleva –nos adentramos ya en su pensamiento filosófico– a afirmar que el argumento ontológico de la existencia de Dios no es algo erróneo, sino que está basado en unas premisas, en unas concepciones –las propias de la interpretación realista de los universales– que no son las nuestras –nominalistas–. Dice Mairena que Kant creía en la ciencia fisicomatemática como San Anselmo creería en Dios. «No es menos cierto que cabe dudar de lo uno y de lo otro»¹².

⁵ Don Juan Manuel (1994): *El conde Lucanor*, Barcelona, Edicomunicación (edición de José Ibáñez Campos), pp. 29-33.

⁶ Antonio MACHADO (2004): *Juan de Mairena...*, pp. 276-277.

⁷ *Ibidem*, p. 131.

⁸ *Ibidem*, p. 188.

⁹ *Ibidem*, p. 65.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 279-280.

¹¹ *Ibidem*, p. 158.

¹² *Ibidem*, p. 277.

El gran renovador de la filosofía moderna no es el único convocado a estas páginas. Por ellas desfilan Protágoras, Platón –de quien reivindica su defensa de la realidad metafísica de la idea¹³–, Demócrito, Epicuro, Descartes –cuyo «*Cogito, ergo sum*» transforma en un «Existo, luego soy»¹⁴–, Spinoza –del cual se sirve para bromear sobre el panteísmo¹⁵–, Berkeley, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, la fenomenología o los pragmatistas, en quienes ve a los rechazables defensores de «una fe agnóstica»¹⁶. A lo largo de este amplio periplo encontramos siempre el mismo marcado escepticismo de Mairena y una constante inquietud. Su ágil recorrido por la filosofía occidental se plantea casi siempre como una sola interrogante: ¿puede el hombre conocer la realidad? La gran pregunta, siempre vigente, indica que «nada importante se ha refutado en filosofía»¹⁷.

En *Juan de Mairena* encontramos también, como era de esperar, las opiniones del poeta sobre sus artes: la lírica y el teatro. Desde el famoso comienzo del libro, cuando uno de los alumnos de Mairena pone en lenguaje poético la frase «los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa» y la transforma en «lo que pasa en la calle»¹⁸, varias son las enseñanzas literarias y de estilo que enriquecen al lector. Denuncia Machado que la literatura sea cada vez más *escrita* y menos hablada –«Lo importante es hablar bien: con viveza, lógica y gracia. Lo demás se os dará por añadidura»¹⁹–, advierte en buena lógica a «los poetas que piensan que les basta sentir para ser eternos»²⁰ que nada hay tan voluble como los sentimientos –el de patria, el de paternidad... ¿quién sabe cuánto durarán?–, explica que el encuentro de las palabras y las ideas es a menudo fruto del azar²¹ o rechaza los elementos superfluos, los ripios en las obras literarias.

Intercala Mairena estas opiniones generales con particulares reflexiones sobre los grandes autores de las letras hispanas, desde Fray Luis, Góngora o Tirso de Molina, pasando por Lope de Vega –«el poeta de las ramas verdes»– y Calderón –«el de las virutas»²²–, hasta llegar a Espronceda –«el más fuerte poeta español de inspiración cínica»²³–, Valle-Inclán –«el hombre que sacrifica su humanidad y la convierte en buena literatura»²⁴– y Miguel de Unamuno, «el poeta relojero que vino a dar cuerda a muchos relojes –quiero decir a muchas almas– parados en horas muy distintas, y a ponerlos en hora por el meridiano de su pueblo y de su raza»²⁵. Desde luego, no queda fuera Cervantes el de las «botas de siete leguas». «¿Quién camina a ese paso?», se pregunta Mairena,

¹³ *Ibidem*, p. 122.

¹⁴ *Ibidem*, p. 109.

¹⁵ *Ibidem*, p. 61.

¹⁶ *Ibidem*, p. 112.

¹⁷ *Ibidem*, p. 321.

¹⁸ *Ibidem*, p. 53.

¹⁹ *Ibidem*, p. 54.

²⁰ *Ibidem*, p. 109.

²¹ *Ibidem*, p. 110.

²² *Ibidem*, p. 215.

²³ *Ibidem*, p. 178.

²⁴ *Ibidem*, p. 260.

²⁵ *Ibidem*, p. 236.

para añadir que «después del *Quijote* el mundo espera otra gran novela que no acaba de llegar»²⁶.

Apenas comenta Mairena la obra de creadores de otras lenguas, aunque hace una notable excepción con Shakespeare. Sus solas palabras dan testimonio de la alta valoración que le merece: «Si nos viéramos forzados a elegir un poeta, elegiríamos a Shakespeare, ese gigantesco creador de conciencias. Tal vez sea Shakespeare el caso único en que lo moderno parece superar a lo antiguo»²⁷.

Filosofía y poesía constituyen, en fin, la parte nuclear de las numerosas lecciones de ese profesor de Retórica y Sofística que era Juan de Mairena. Y no ha de extrañarnos esta conjunción cuando se nos recuerda que hay hombres que van de la poética a la filosofía y hay también quienes hacen el camino contrario: «Lo inevitable es ir de lo uno a lo otro, en esto, como en todo»²⁸. El escepticismo de los filósofos puede ser un estímulo para los poetas, al igual que aquéllos pueden aprender de éstos el arte de las grandes metáforas, tales el río de Heráclito, la caverna de Platón o la Paloma de Kant²⁹. Así vinculadas poesía y filosofía, parece anunciarnos Machado los poemas de Borges o la razón poética de María Zambrano.

Más aún, si la filosofía es para Hegel «el mundo al revés», «la poesía, en cambio, es el reverso de la filosofía, el mundo visto, al fin, del derecho». Y añade Mairena: «para ver del derecho hay que haber visto antes del revés»³⁰. Así, la poesía, incluso la más negativa, es «siempre un acto vidente, de afirmación de una realidad absoluta, porque el poeta cree siempre en lo que ve». Se trata de la «pura evidencia», «el ser mismo», el «acto creador»³¹, aún a pesar de ser la mera negación o la misma nada. Para Mairena, el escéptico, la poesía vindica «algo que va con nosotros digno de cantarse»³², aunque se trate de los propios males que queremos espantar. Es de esta forma como salva Machado, de frente y a la luz del día, lo irrenunciable del hombre, aquello que, al fin, redime su existencia de las redes inmensas de lo desconocido. Si hubiese algo que construir será, como pensó Heidegger, solamente a partir de aquí.

²⁶ *Ibidem*, p. 207.

²⁷ *Ibidem*, p. 280.

²⁸ *Ibidem*, p. 158.

²⁹ *Ibidem*, p. 333.

³⁰ *Ibidem*, p. 70.

³¹ *Ibidem*, p. 197.

³² *Ibidem*, p. 272.